

NAZARÍ

MARIO VILLÉN LUCENA

NAZARÍ



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: junio de 2020

© Mario Villén Lucena, 2020
© de la presente edición: Edhasa, 2020
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6345-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 5897-2020

Impreso en España

*Para Darío,
porque esta novela no es otra cosa
que el pan debajo de su bracito...*

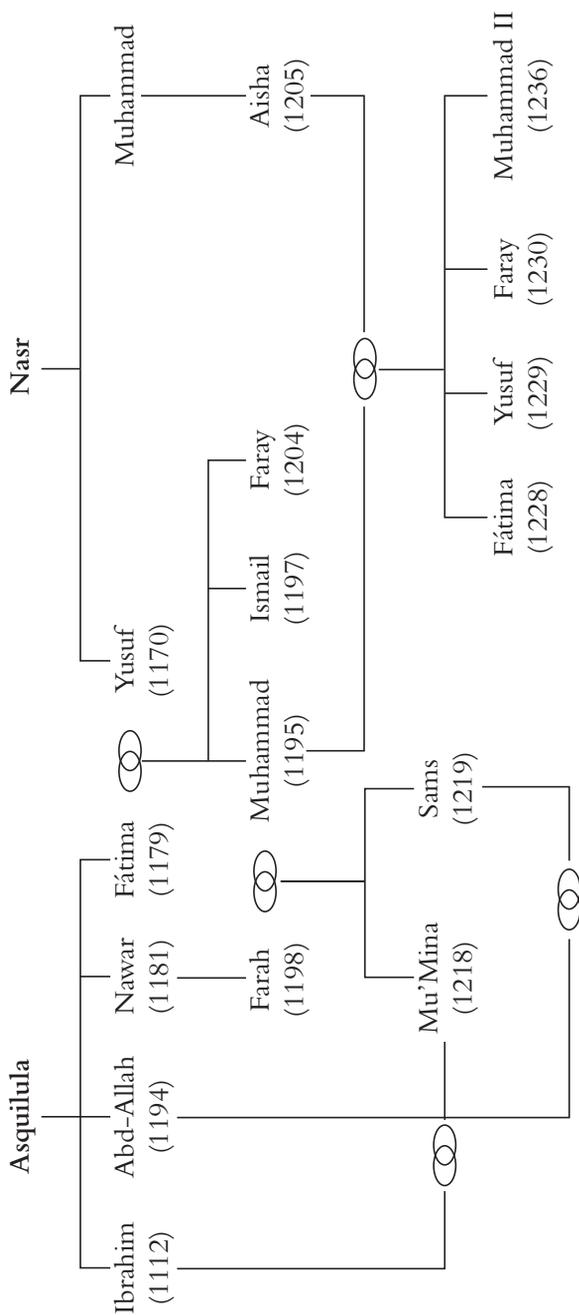
«Un soldado, un hombre de frontera energético, fuerte, inmensamente firme, que rehusaba la calma y la tranquilidad, y prefería la austeridad y el valor a lo cómodo, conformándose con poco. Ajeno a la afectación, era rudo en las armas y muy resuelto, temible por su bravura y enormemente diligente...»

Extracto de la *Ihata*, obra de Ibn al-Jatib,
visir y polígrafo granadino del s. XIV





LA IBÉRICA EN EL SIGLO XIII



Las fechas se refieren a los nacimientos. Algunas están confirmadas por las fuentes, otras se deducen de ellas.

INTRODUCCIÓN AL CONTEXTO HISTÓRICO

Esta novela está ambientada en una época compleja, sacudida por multitud de acontecimientos de gran trascendencia. Castilla vivía un periodo de inestabilidad, al que se sumaba la pugna constante con el reino de León. Al-Ándalus, por su parte, estaba bajo dominio del imperio Almohade.

El movimiento almohade había nacido en el Atlas africano en la tercera década del siglo XII, de la mano de algunas tribus bereberes reunidas en torno a Ibn Tumart. La doctrina de aquel líder se basaba en la recuperación de la esencia del islam mediante el retorno a sus fuentes originales: el Corán y la tradición del Profeta. Según Ibn Tumart, con el paso del tiempo el Islam se había ido contaminando por los diferentes pueblos musulmanes, de tal manera que los fieles puros, no contaminados, eran vistos como extraños. Proponía volver a la pureza de la fe, aferrándose con rigor a las fuentes y rechazando cualquier interpretación o adaptación. Se trataba de una postura estricta e intransigente que castigaba con dureza cualquier atisbo de desviación. Los almohades, rebelados contra el poder almorávide, que dominaba por entonces África y al-Ándalus, fueron ganando adeptos y resistieron en las montañas a los ataques de sus enemigos.

A la muerte de Ibn Tumart, Abd al-Mumin, su sucesor, consiguió que los almohades tomaran el poder en Marrakech en 1147. Tenían el Magreb bajo su control y no tardaron en cruzar el estrecho para ocupar al-Ándalus, donde la población vivía hastiada del gobierno almorávide. Los almohades impu-

sieron su doctrina, que chocaba con la ortodoxia malikí que imperaba en la península, y a cambio ofrecieron la promesa de defender las fronteras. Como último paso en su expansión, cuando su imperio estuvo asentado militar y políticamente, rompieron con el califa abbasí de Bagdad y proclamaron su propio califato. Con este paso, resquebrajaban la tradicional unidad de los musulmanes, que, con independencia del emir que los gobernara, reconocían a un único líder religioso. Aquella decisión desató las iras de muchos andalusíes. Sin embargo, la falta de organización y de ejército propio los obligaba a someterse y, al menos, los africanos garantizaban su protección. La defensa del territorio se convirtió en el argumento principal para su legitimación y mantenimiento.

Los andalusíes solían referirse a los almohades como herejes, pues, a pesar de ser musulmanes como ellos, imponían una concepción distinta del islam, que incluía su propia manera de entender la justicia y los rituales religiosos. De esta manera, la población musulmana de al-Ándalus distingue entre infieles, los no musulmanes, y herejes, musulmanes que se apartan de la doctrina oficial.

* * *

En esta novela he intentado simplificar los hechos para que la historia no se convierta en una carga excesiva. He usado los nombres más comunes y sencillos para facilitar la integración de los personajes y hechos en la mente del lector. Por ejemplo, al hablar sobre la batalla de 1212, me refiero a ella como la de «las Navas de Tolosa», a pesar de que en esta época los musulmanes la llamaban «batalla de la Cuesta» y los cristianos «batalla de Úbeda».

El personaje principal es, sin duda, Muhammad bin al-Ahmar, cuyo nombre significa Muhammad, el hijo de «el Rojo». Un color que hizo suyo. Y que nos ha legado para la Historia.

HA NACIDO UN EMIR

Alarcos. Julio de 1195

Palmeó el cuello de su caballo, robusto y fuerte, signo de buena raza. Luego acarició las crines bien cepilladas.

—Llévame a la victoria —le susurró al oído, inclinándose hacia delante.

Asquilula miró a su alrededor. El sol ya asomaba sobre la sierra. Los cristianos habían comenzado a salir del castillo de Alarcos y se apiñaban en la ladera del cerro. El capitán rezó en silencio para pedir ayuda al Altísimo. Sus hombres lo imitaron y el murmullo de sus voces ensordeció el tintineo de los metales y los bufidos de los caballos.

Cuando terminó la oración, contempló a los doscientos jinetes que habían puesto bajo sus órdenes. Formaban un grupo irregular. Vio algún lorigón como el suyo, pero la mayoría se protegía con cota de cuero. Los rostros delataban nerviosismo y algunos hombres sufrían temblores involuntarios que agitaban sus armaduras.

«Yo también temblaba la primera vez», pensó Asquilula. «Cuando comience la cabalgada sólo sentirán los pasos de sus caballos». Tras innumerables acciones de frontera, se había ganado la fama y el respeto de sus hombres. A algunos de ellos los conocía bien, los había entrenado él mismo en Arjona. Eran guerreros disciplinados y bien adiestrados que sabrían desenvolverse con soltura en la batalla. Otros, en cambio, no eran más que muchachos imberbes que a duras penas podrían sostener en alto las jabalinas y azagayas.

Poco a poco, sobre el ruido de la tropa, empezaron a oírse las órdenes y arengas de los qaídes y jeques. Se preparaban para el combate. En la lejanía ya se distinguían las armaduras y sobrevestes cristianas. La batalla para la que musulmanes y cristianos llevaban meses preparándose estaba a punto de comenzar.

* * *

El naqíb y sus hombres habían sido llamados a Córdoba a comienzos de verano para unirse al inmenso ejército con el que el califa cruzó el estrecho. Al-Mansur llamó a la yihad en todos sus territorios. Desde que los portugueses que defendían Santarem mataran a su padre más de diez años atrás, el califa ansiaba vengarse, pero los focos de rebelión en África se lo habían impedido. A su vez, los castellanos aprovecharon las revueltas para algarear las tierras de al-Ándalus. Sofocada la rebelión africana, al-Mansur sintió que había llegado su momento. Reunió al grueso de sus tropas en Aznalfarache, cerca de Sevilla, y desde allí partió hacia Córdoba. Con la solemnidad de una corte ambulante, la inmensa hueste había atravesado el puerto del Muradal, se había acercado a Salvatierra y continuado el camino hacia el Congosto, para finalmente llegar hasta las cercanías del castillo de Alarcos. En aquella fortaleza aún por terminar, Alfonso VIII de Castilla aguardaba la llegada de refuerzos. Pero los mahometanos llegaron antes de lo esperado.

El rey castellano era consciente de lo que se jugaba en aquel encuentro. La frontera del Guadiana estaba en peligro. La mañana del día anterior, Alfonso había formado a sus tropas fuera del castillo para desafiar al califa. Sin embargo, el líder almohade, hábil estratega, decidió rehuir el combate y dejar descansar a sus hombres tras la dura marcha.

Pero al alba de aquel nuevo día los musulmanes habían sorprendido a Alfonso VIII al mostrarse perfectamente formados sobre una loma, frente a la fortaleza. Comenzaron a organizarse durante la noche y al clarear el día ya estaban dispuestos para la lucha. Sus banderas se alzaban enhiestas, desafiantes,

y el rey de Castilla no tuvo dudas. Antes de que cayera una nueva noche se sabría quién era el vencedor de Alarcos.

* * *

Los dos bandos se observaban, a la espera de las órdenes de sus generales.

Asquilula se echó a un lado sobre su montura y apoyó la mano sobre el hombro de un joven jinete cuya pierna chorreaba orín.

—Alá está con nosotros —le dijo para insuflarle valor.

Su unidad formaba parte del ala derecha, donde estaban reunidos los andalusíes. En el ala izquierda se reunían zenetes y masmudas, así como otras tribus bereberes de menor importancia. En el centro, en primera línea, los cuerpos de voluntarios acompañados por los agzaz, los temibles arqueros montados turcos, y otras unidades de arqueros a pie. Tras ellos, en una segunda línea, el visir Abu Yahya dirigía el ejército bajo el estandarte de al-Mansur. El califa permanecía oculto tras la loma, protegido por su guardia personal y abundantes tropas de refresco.

Nadie tomaba la iniciativa. Los soldados se miraban, tratando de infundirse ánimo mutuamente.

—¡Se mueven! —gritó un andalusí de repente, señalando hacia delante.

El capitán miró hacia Alarcos y lo primero que distinguió fue la densa polvareda que la caballería pesada cristiana había levantado con su marcha. Las corazas de hombres y caballos brillaban bajo el sol inclemente y sus destellos se acentuaban dentro de la nube turbia que parecía descender de la fortaleza.

—¡Arqueros! ¡Listos!

Desde su posición, Asquilula escuchó la orden lejana que provenía del centro del ejército almohade. Al instante sonaron los tambores y su estruendo invadió el estrecho valle.

Sólo hubo tiempo para dos cargas de flechas, porque la caballería cristiana aceleró hasta ponerse al galope.

–¡Resistid! ¡Lanzas firmes!

–¡Mantened posiciones!

–¡Derribadlos!

Enseguida resonaron las instrucciones para aguantar la embestida, ecos lejanos que se fundían con el sonido frenético de los atabales. Finalmente, qaídes y capitanes culminaron con un «Allahu Akbar!» que fue coreado al unísono por la tropa.

–*Allahu Akbar!* –gritó a su vez Asquilula con la lanza en alto, y sus hombres lo secundaron.

La caballería cristiana atacó en sucesivas oleadas, arrasando las unidades de voluntarios y arqueros posicionadas en la vanguardia. Enseguida el campo se llenó de musulmanes muertos. Aquellos infelices no disponían de medios para hacer frente a los entrenados y bien pertrechados caballeros cristianos. Las primeras filas cedieron y los castellanos consiguieron abrir una brecha y llegar a la segunda línea, donde el general Abu Yahya permanecía rodeado por sus fieles bereberes hintata.

El combate se alargaba y los cristianos diezmaban la vanguardia de al-Mansur. Pero en los flancos musulmanes no había movimiento alguno; la caballería ligera aguardaba instrucciones de sus *qaídes*. Los hombres de Asquilula tenían a la vista la bandera de Abu Yahya y, pasados los primeros momentos de lucha, la vieron agitarse, inclinarse y después avanzar con ímpetu. Los jinetes vitorearon al visir, que parecía haber tomado el control de la situación. El naqíb, sin embargo, permaneció en silencio.

–Ha caído –dijo mientras contemplaba el escenario con ojos expertos.

–¿Cómo dices? –preguntó su portaestandarte.

–Que nuestro comandante ha caído y los malditos cristianos se llevan la bandera. Hay que hacer algo. –Pensó durante un instante–. Quédate aquí y mantén a los hombres en posición.

Asquilula dirigió su caballo hacia la retaguardia, hasta encontrarse con el *qaíd* de la caballería andaluza.

–Abu Yahya ha caído –le dijo con gravedad–. El centro del ejército está destrozado. Tenemos que intervenir. No nos

va a llegar ninguna orden. –El general escuchaba con atención, pero se mostraba incrédulo–. Por favor, mira su bandera. –El otro obedeció.

–¿Qué sugieres? –preguntó entonces el qaíd, sin apartar la vista de la enseña.

–La caballería ha penetrado en nuestras líneas. Podemos envolverlos y atacarlos como mejor sabemos, con jabalinas y flechas. Sus caballos son lentos, con tanto acero encima no podrán reaccionar.

El qaíd se dio un minuto para meditar. Luego alzó la cabeza y mostró la palma de la mano vuelta hacia arriba. Asquilula respondió al saludo. Se agarraron por los brazos y se miraron fijamente, con el ardor de la batalla dibujado en las pupilas.

–Manda a un hombre de tu unidad que rodee la loma e informe al qaíd del otro flanco.

–Así se hará –respondió el naqíb.

Se retiró al trote hacia sus hombres y rugió la orden, que corrió veloz entre los jinetes: tendrían que maniobrar para encerrar con su caballería a los castellanos. La primera unidad en moverse fue la del propio Asquilula, que se adelantó y se puso a la cabeza para marcar el ritmo y la posición. Así, a paso suave, unos tras otros, los caballos formaron un largo brazo que, desde la base del cerro, giraba hacia el centro del ejército almohade, donde se concentraba el ataque castellano. Al otro lado de la loma, los africanos zenetes y masmudas los imitaron y se movieron para completar el círculo.

En cuanto los cristianos se percataron, formaron en varias cuñas e intentaron abrirse camino enfrentándose a la caballería ligera andalusí, pero los musulmanes reaccionaron a tiempo.

Asquilula mantuvo la posición y retuvo a su unidad. Sólo cuando los cristianos estuvieron lo suficientemente cerca, agarró una de sus jabalinas y la lanzó. El arma impactó en el pecho de un caballero y se quedó clavada entre sus costillas, regando de sangre su sobreveste. Sus hombres hicieron lo mismo y, tras arrojar sus lanzas, se retiraron veloces a una posición segura. Cayeron

decenas de castellanos por las armas arrojadizas, y los que sobrevivían no conseguían dar alcance al enemigo. Los cristianos atacaron a la caballería ligera, aliviando la presión sobre la infantería de la vanguardia almohade. Aprovechando la oportunidad, el califa mandó avanzar a las tropas de refresco. Los agzaz retornaron a la lucha inmediatamente, acosando con saetas la retaguardia enemiga. Atrapados de nuevo, los cristianos trataron de reagruparse para regresar a Alarcos. Lanzas y saetas caían sobre ellos como una tormenta de hierro. Lentamente, estaban siendo aniquilados. El suelo volvió a sembrarse de muertos, pero ahora era sangre cristiana la que regaba la tierra seca y agrietada.

Asquilula dirigió a los suyos hacia los cristianos que trataban de huir, sin tregua. Los caballos se movían con lentitud entre los cadáveres. El capitán desmontó. Por todas partes se escuchaban los alaridos de los heridos y mutilados, que afilaban los ecos de los incesantes atabales musulmanes.

—¡Al ataque! —gritó el capitán andalusí, y al instante sus hombres se abalanzaron sobre ellos con las espadas, las mazas y las lanzas enarboladas.

Un grupo de cristianos se dio a la fuga y otros tantos andalusíes salieron tras ellos para apresarlos. Los demás castellanos se prepararon para defenderse. Asquilula se encaró a un guerrero que mostraba una gran cruz negra en su sobreveste, un calatravo que había perdido su caballo por las flechas de los agzaz.

—¡Rendición! —le gritó mientras le apuntaba con la lanza.

El cristiano apartó el arma que lo apuntaba con un golpe de su espada. Sin pensárselo, el naqîb dio un paso atrás, se colocó el astil bajo el brazo, apuntó y atacó con movimientos rápidos y ágiles, sin darle tiempo a cargar. Pudo sentir cómo la hoja impactaba lateralmente en el rostro de su oponente y llegaba a tocarle el cráneo. La orejeta le golpeó en la mejilla y detuvo el movimiento. El almófar salió despedido hacia la nuca. El calatravo emitió un agudo chillido que se unió a los cientos que se oían al pie de los cerros. La espada cayó al suelo y el cris-

tiano cayó de rodillas. Asquilula desenfundó la espada y lo degolló. Los gritos cesaron.

En ese momento, tres castellanos se aproximaron dispuestos para el combate. El naqîb corrió hasta su caballo para coger el escudo que colgaba de la silla y se puso en guardia.

—¡A mí! —gritó y, mientras uno de los suyos acudía a socorrerlo, Asquilula tomó la iniciativa y cargó contra el cristiano de su izquierda, que se protegió con la espada. El impacto hizo que le temblara el brazo y el castellano no soportó la fuerza del golpe. Quedó desarmado, a merced de su atacante. Con un nuevo espadazo, el andalusí lo hirió mortalmente en el cuello. En ese instante sonaron las anillas de su lorigón y sintió un intenso dolor en el muslo derecho.

—¡Ah! ¡Maldito infiel!

Asquilula escuchó un chasquido; la malla metálica que le protegía el muslo se tiñó de rojo.

Trató de fijar la vista en su nuevo oponente, que estaba recuperando el equilibrio para atacar de nuevo. Con la velocidad que da la desesperación, el naqîb agarró la hoja de su espada con las manos protegidas por guanteletes y lo golpeó en el capacet con la cruceta, clavando el gavlán en la cabeza del cristiano. Aturdido, Asquilula soltó la espada y se dejó caer a tierra.

El hombre que lo había socorrido acabó con el tercer cristiano y acudió a su lado. Llamó a otros compañeros de unidad y entre cuatro de ellos consiguieron alzarlo hasta su montura para que pudiera retirarse.

—¡Dejadme! —pidió una vez subido al animal—. Puedo ir yo solo. —Luchaba por aguantar el intenso dolor de la herida, que manaba sangre y palpitaba, mientras veía cómo sus hombres acababan con los últimos cristianos. Miró más allá, hacia la ladera del cerro de Alarcos. Allí las tropas almohades acosaban a la infantería cristiana, que se atropellaba para entrar en el castillo. La bandera del comandante de nuevo estaba en manos musulmanas, al pie de la muralla, infundiendo valor y brío a los hombres que la rodeaban. La tarde estaba a punto de comenzar y la batalla terminaba. Habían vencido—. Tú —se dirigió

a su portaestandarte, que mantenía en alto su bandera—. Dirígelos. Haced presos para el botín y matad a los que se resistan.

El hombre asintió y se retiró con los demás. Asquilula dirigió su caballo hacia el campamento. El dolor era cada vez más agudo y, por un instante, pensó que iba a perder la conciencia. Ya detrás del cerro, cerca de las tiendas, lo asaltó el sonido de las risas y loas a Alá de los hombres de al-Mansur, que celebraban la victoria. A pesar del intenso padecimiento, esbozó una sonrisa. Aquella batalla sería recordada durante años. No le gustaban los africanos, pero tal vez al-Ándalus estaba a salvo gracias a ellos.

Cerró los ojos y rezó en silencio, dando gracias al Altísimo por mantenerlo vivo para contemplar aquella victoria.

* * *

El campamento fue trasladado al otro lado del cerro, al pie de Alarcos. El califa había ordenado estrechar el cerco sobre la fortaleza. La noche había caído y en decenas de fogatas se cocinaba una cena especial para aquellos hombres que habían conseguido vencer al rey castellano. Alfonso VIII había huido con un grupo de caballeros, dejando al grueso de sus tropas a merced de los vencedores.

Los vítores y las celebraciones se fundían con los lamentos de los heridos. Los médicos no daban abasto para coser heridas, serrar miembros, cauterizar cortes y recolocar huesos. Una cuadrilla se encargaba de recoger los cadáveres, desplazándolos a los laterales del campamento. A un lado se amontonaban los cristianos, en tétricas pilas de muerte a las que buitres y cuervos no tardarían en acudir. Los musulmanes eran enterrados en enormes fosas, cumpliendo a grandes prisas con los rituales de su religión.

Asquilula permanecía recostado sobre su silla de montar. Su caballo no se apartaba de su lado. Un joven tabib había examinado su herida y decidió dejarlo para más tarde. No corría peligro. Le habían dado una manta y una infusión de hierbas

para aliviar la dolencia. Cuando le llegó el turno, fue un médico de más edad quien se acercó a él.

—¿Asquilula?

—Sí, soy yo —respondió mientras entrecerraba los ojos para distinguir a su visitante—. ¡Zuhayr! —exclamó al fin—. Me alegra verte, doblemente.

—A mí también, paisano. —Zuhayr era de Arjona, un viejo conocido suyo. Para atender a su tropa, el califa al-Mansur había recurrido a médicos andalusíes—. Veamos esa herida cuanto antes. —Echó un ligero vistazo e inclinó la cabeza—. Has tenido que sufrir mucho, tantas horas con esto ahí...

—Podría decirte que no, pero te mentiría. Sólo el fresco de la noche me ha aliviado. Ya casi no siento nada.

El médico se sobresaltó y se precipitó a comprobar la sensibilidad en las extremidades del capitán. Todo estaba bien, sólo tenía entumecida la herida. Lo ayudó a quitarse el lorigón y el movimiento reavivó el dolor.

—Es bueno que te duela. Me habías asustado.

—Pues puedes estar tranquilo. Me duele, y mucho.

Zuhayr le bajó las calzas y lo examinó con detenimiento, arrimando su lámpara de aceite.

—La malla te ha salvado la pierna, y la vida. Ha debido ser un golpe muy fuerte. Te ha machacado varios músculos —dijo sin apartar la vista de la herida—. También te ha provocado un corte. —Agarró la pierna y la movió suavemente. Asquilula se quejó—. Tienes el hueso roto. Bien, manos a la obra. —Posó la lámpara en el suelo y abrió su caja de cirujano—. Primero coseremos el corte. —El capitán suspiró—. Por cierto —dijo con aire distraído—, enhorabuena.

—Todos estamos hoy de enhorabuena, amigo.

—Me refiero a tu nieto.

El rostro de Asquilula se iluminó.

—¿Ha nacido ya?

—Nació tres días antes de que yo saliera de Arjona. Estuve en casa de tu yerno. Tu hija está bien. Es muy joven, pero aguantó bien el parto.

–¿Un niño, dices? –El médico asintió–. ¿Qué nombre le han puesto?

–Muhammad.

–Muhammad bin al-Ahmar... Qué bien suena, ¿verdad?

–Sí, Asquilula, suena muy bien. Es un niño fuerte. Habrá salido a su abuelo. Creo que ahora mismo eres el abuelo más joven de toda Arjona.

–Es cierto, Zuhayr. Ni siquiera he cumplido las cuarenta primaveras... Mi hijo Ibrahim le sacará tres años y Abd-Allah, apenas uno. –Sonrió al pensar en sus hijos varones, nacidos de un segundo matrimonio tras enviudar de su primera esposa–. Serán sus compañeros de juego –rió con ganas. La noticia le había puesto de buen humor y le había hecho olvidar el dolor por unos momentos.

–Relájate y no mires. Te voy a coser.

Asquilula se echó hacia atrás y cerró los ojos. Primero sintió cómo el agua lavaba la zona de la herida y luego percibió la leve punzada de la aguja ardiente que atravesaba su piel.

–Muhammad bin al-Ahmar, nacido el año de la batalla de Alarcos –pronunció en voz queda, como si aquello fuera un augurio luminoso sobre el futuro que aguardaba a su nieto.

Clareaba el día cuando los tres niños comenzaron las labores. A sus nueve años, Muhammad dirigía la pequeña cuadrilla. Su padre quería que conociera la tierra, la verdadera fuente del sustento de la familia. El patriarca se había quedado en la haza más cercana a Arjona, donde estaba construyendo un pozo que serviría para sembrar una huerta de regadío. «Un hombre debe mantenerse a sí mismo. Si tiene tierras, tiene que saber trabajarlas», solía decirles a sus hijos, inflexible, cuando alguno de ellos flaqueaba y se quejaba de tanto trabajo.

Muhammad bin al-Ahmar había mandado a su hermano Ismail a la parte llana y él se había quedado arriba con su amigo Hasan. Estaba a punto de amanecer. Dejaron los almocafres y se dispusieron a orar extendiendo una tela limpia sobre la tierra. Tras la oración retornaron al trabajo, levantando las malas hierbas con sus aperos.

–Hasan, no te olvides de entresacar. –Se acercó a su amigo para darle indicaciones–. Mira, acabas de pasar por aquí y te has dejado estas plantas juntas. Se van a ahogar unas a otras.

–Lo siento, Muhammad. Me olvido de entresacar.

–No pasa nada. Arregla eso. –Y señaló las plantas.

–¿Vas a ir hoy a la escuela? –preguntó Hasan.

–Esta tarde tengo monta con mis tíos y mi abuelo. Me ha dicho mi padre que pronto estaré preparado para usar silla.

Hasan no le prestó atención.

–Si no vas a la escuela, ¿cómo vas a aprender a leer el Libro?

Muhammad agarró con fuerza su almocafre y golpeó tres veces seguidas la tierra endurecida para levantar las raíces de una manzanilla.

–Hasan, yo serviré a Dios de otra manera más útil –contestó.

Al poco, los dos niños tomaron caminos opuestos. Muhammad se desplazó hacia la rábita, de donde los morabitos comenzaban a salir para trabajar la tierra que los circundaba. A lo lejos,

la torre que protegía el conjunto y hacía las veces de alminar se destacaba sobre el resto de construcciones, como un faro en medio de un océano terroso. Sudaba y tuvo que remangarse la camisa. Su apero sonó metálico cuando lo hundió de nuevo en el suelo. Se detuvo y escarbó con las manos. Enseguida encontró una moneda antigua, tal vez de los romanos de los que tanto le hablaba su abuelo Asquilula. Escupió sobre ella y frotó la tierra con su ropa. Por una cara tenía el relieve de un buey que arrastraba un arado bajo una luna creciente. Por la otra, la imagen de un soldado con casco, con una lanza delante de su rostro.

–Tierra y guerra –dijo para sí, y sonrió divertido. Aquella moneda parecía representarlo a él mismo, a sus ideales.

Estaba aún admirándola cuando el eco de unas voces le llegó amortiguado por la suave brisa matutina. Había cierto revuelo en la rábita. Los morabitos corrían hacia el interior del recinto y volvían a salir, algunos armados con lanzas o espadas, otros con azadas y hoces.

–¡Muhammad! –Su hermano Ismail corría hacia él seguido por Hasan–. ¡Cristianos! –gritó, y señaló un punto del valle que se abría frente a la rábita.

Muhammad alzó la vista y pudo distinguir a un grupo de caballeros.

–¡Vámonos, Muhammad!

Los dos niños habían llegado junto a él y Hasan tiraba ya de su camisa. Muhammad bin al-Ahmar se mantuvo firme, sin apartar la vista del escenario de la inminente lucha.

–Id saliendo. Os pillo por el camino. Dad la voz de alarma si llegáis antes que yo –les dijo.

–¿Estás loco? –le espetó su amigo.

Ismail agarró a Hasan y lo animó a salir hacia Arjona. Conocía a su hermano y sabía de sobra que si una idea se le había metido en la cabeza no podrían hacer nada para convencerlo de lo contrario.

–Hermano –aguardó una respuesta por su parte–. ¡Hermano! –En esta ocasión Muhammad giró la cabeza y lo miró a los ojos–. Nos vamos. Por favor, no hagas tonterías, vente pronto.

—Id tranquilos. Voy enseguida. —Y los niños echaron a correr por los repechos que llevaban a la fortaleza justo cuando los cristianos acometían a los primeros morabitos.

Sin desmontar, derribaron a los defensores con sus lanzas. Muhammad no podía distinguir los detalles de la lucha, pero vio cómo uno a uno caían los hombres vestidos con sencillas túnicas de paño que se enfrentaban con rudimentarias armas a los cristianos bien pertrechados. Éstos eran cerca de veinte e iban acompañados por otros tantos hombres sin armadura montados sobre mulas que, ajenos a la lucha, desmontaron y comenzaron a cortar los frutales y a pisotear los sembrados. Varios de ellos, con antorchas en las manos, incendiaron el granero de la rábita.

El niño lo observaba todo lleno de furia, con la respiración agitada y los puños apretados. Sonaban algunos chillidos y los chasquidos aislados de armas que chocaban entre sí. Una densa nube de humo se alzó hacia el cielo. El fuego empezaba a extenderse, calcinando todo lo que encontraba a su paso.

—¡Fuera! —Muhammad bin al-Ahmar no pudo controlar el odio que aceleraba su corazón y explotó en un grito iracundo que retumbó en el valle.

Los caballeros miraron en su dirección y uno de ellos, raudo, cabalgó hacia él con la lanza en alto. Muhammad lloraba de rabia. No había sido muy inteligente al gritar, pero sentía que aquel fuego que quemaba la rábita también lo quemaba a él. Miró hacia las cuestas que conducían a Arjona y se dio cuenta de que no tenía escapatoria. El cristiano no tardó en acercarse a él y percatarse de que se trataba de un niño.

Ibn al-Ahmar se enjugó las lágrimas y lo miró fijamente. Además de la lanza, llevaba un escudo y una espada enfundada al cinto. Su cuerpo estaba protegido por un lorigón, parcialmente cubierto por una sobreveste en la que se destacaba una gran cruz negra rematada por flores de lis en los extremos. «Caballeros de Salvatierra, los antiguos... calatravos», pensó. Tenía buena memoria. Su abuelo se lo había contado. Aquella orden cristiana había sido la gran perdedora de Alarcos, la gloriosa batalla del año de su nacimiento. Con aquella victoria,

los musulmanes habían conseguido desplazar la frontera hacia el norte, hasta acercarse a la mismísima Toledo. Las tierras recuperadas estaban bajo la influencia de los calatravos, que perdieron incluso la sede de su orden. Pocos años después, por sorpresa, los caballeros tomaron el castillo de Salvatierra y trasladaron allí su sede. Desde entonces habían tomado el nombre de esta fortaleza, una isla en tierras del islam que les servía de avanzadilla. Ansiaban recuperar lo que era suyo y clamaban venganza. Castilla y los almohades estaban ahora en tregua, pero su abuelo y su padre le habían explicado que ambos bandos no habían cesado las algaras para debilitarse mutuamente.

El caballero detuvo su montura a escasos dos metros del zagal. Lo apuntó con la lanza y se dirigió a él en romance.

–Niño, ve a Arjona y di que volveremos a por lo que es nuestro. Recuperaremos lo perdido y tomaremos más, hasta aquí y más al sur. –Muhammad comprendía aquella lengua, pero se limitó a devolverle la mirada–. ¿Me has entendido?! –Ibn al-Ahmar asintió sin perder de vista la lanza–. ¡Pues corre!

Y eso hizo. En la cima del primer pecho el niño se detuvo a tomar aliento. Se volvió y contempló las llamas que devoraban la rábida. Los cristianos se retiraban satisfechos. Muhammad recuperó el resuello y se miró los puños apretados. En ese momento se acordó de la moneda y aflojó los dedos. Tenía la palma enrojecida. En ella se había grabado la imagen del soldado romano del anverso, como una señal inequívoca del camino que debía tomar, tal vez una premonición.

Volvió a cerrar los puños y continuó la carrera cuesta arriba. Aquella tarde tomó una decisión que estaba destinada a cambiar su vida para siempre.

«Algún día seré un gran cegrí y defenderé esta tierra sagrada».